

R165
T853
V2



Capilla Alronsiniana
del Estado de Coahuila de Zaragoza



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

COSTUMBRES FAMILIARES

DE LOS

AMERICANOS DEL NORTE.

CAPITULO XX.

Viage á Washington.—Capitolio.—Ciudad.—Congreso.—
Indios.—Exequias de un miembro del congreso.



El camino mas corto de Washington, por la distancia y el tiempo, es el de tierra; con todo como yo deseaba tanto ver la famosa bahía de Chisapica (Chesapeake) nos decidimos á ir por mar, embarcándonos en el vapor. La travesía es sin disputa hermosa y merece el tiempo que se emplea en ella; pero en cuanto á la belleza particular de la bahía, solo puede ser del gusto de los marinos, porque no es de las que halagan la vista de los amantes de la perspectiva. Por mi parte no dudo que será un abrigo cómodo y seguro para las embar-

II.

I

caciones contra las tempestades del Atlántico, mas su demasiada anchura le quita la gracia de los paisajes litorales, y no le deja sino la magnificencia de una bella marina. La entrada del Potomac ofrece sin embargo un cuadro soberbio, siendo uno de los puntos en que mas se apercibe el viajero de las proporciones gigantescas del pais, sin necesidad de apelar al recurso de instrumentos.

La subida del rio hasta Washington es interesante por los muchos objetos que se admiran en el tránsito, y sobre todo por la vista de Monte-Vernon, residencia del general Washington. Allí pasó los últimos dias de su virtuosa vida aquel hombre verdaderamente grande, y allí está sepultado: al pasar por enfrente distinguimos los cipreses que ondean sobre su sepulcro.

Lo demas del pasage presenta algunas pinturas deliciosas; pero no las descubrimos hasta despues, porque ya era de noche cuando nos acercamos á la ciudad.

Nuestro primer objeto al otro dia por la mañana fué salir á ver el Capitolio, y eso con tanta impaciencia que salimos antes de almorzar. La niebla transparente de la mañana coronaba todavía aquel magnífico edificio, cuando en él se fijaron nuestros ojos; pero estoi segura de que una circunstancia tan pin-

toresca no contribuyó á aumentar nuestra admiracion. Como quiera que fuese, nos quedamos atónitos y embebecidos, pues creo que ninguno de nosotros esperaba ver una obra tan imponente al otro lado del Atlántico. Aunque no estuviera ya cansada de describir edificios, la hermosura y majestad del Capitolio americano podria dejar mui atras plumas mas hábiles que la mia. ¡ Tan bellamente está situado! ¡ tan sublime parece en su elevacion solitaria!

La avenida de la ciudad conduce á la magnífica fachada occidental por terreros y graderías de las proporciones mas atrevidas que yo haya visto jamas. El frente elegante del este, á que muchos dan la preferencia, está al nivel de un patio recién plantado, pero hermosísimo, donde dentro de pocos años podran gozar los representantes de la república de la sombra y fresco de los árboles mas espléndidos que florecen en la Union. Desde el Capitolio se ve la ciudad y se domina una extension de campo de muchas millas al rededor, siendo el edificio mismo un objeto de superior belleza para toda la comarca.

En Washington tuvimos la fortuna de hallar alojamiento en casa de otra familia mui agradable, y por lo tanto abandonamos nuestra incómoda posada de junto al rio, apenas

acabamos nuestro almuerzo, para instalarnos en una lindísima habitacion en la calle F. (*).

Todo lo que veia en Washington me gustaba : su atmósfera clara, su aspecto alegre y la construccion abierta y ventilada de sus calles y casas, me recordaban los sitios á donde van á tomar las aguas los elegantes en Inglaterra (**). Los estrangeros y aun algunos del pais se han burlado, porque la planta primitiva de la ciudad está trazada por una escala enorme y todavía no se ha egecutado sino una pequeñísima parte. Yo confieso que nada me parece ridículo ni en el plan ni en lo que han realizado de él : el proyecto original, que es tan hermoso como vasto, se ha seguido hasta ahora con una exactitud severa, y lo que se ve no puede menos de admirarse. Desde la basa de la colina, sobre la cual se levanta el Capitolio, sale una calle de una soberbia anchura, plantada á uno y otro lado de árboles, y adornada de muchas y brillantes tiendas. Está calle, que llaman la Avenida de Pensilvania, tiene sobre una milla de largo, y al extremo le sirve de fondo la preciosa residencia del presidente : cerca de ella estan conveniente-

(*) Las calles que cortan las grandes avenidas de Washington se distinguen por las letras del abecedario.

(**) Pocos de esos sitios hai en el continente que merezcan las calificaciones de Mistress Trollope.

mente situadas las oficinas públicas, todas hermosas, simples y cómodas, aisladas en medio de anchos patios y rodeadas de cuadros de yerba y grupos de arbustos que refrescan y deleitan. En otra de las calles principales está la oficina general de correos, y no lejos de allí una casa municipal hermosísima. En el barrio del presidente hai varios edificios mui bellos, la mayor parte de los cuales sirve de residencia á los ministros extrangeros. En las demas partes de la ciudad las casas estan desparramadas, sin que en su construccion se haya perdido de vista la regularidad de la planta original; y á la verdad, para una persona que ha viajado mucho en el pais y notado la inmensa cantidad de nuevas fábricas, nuevos canales, caminos de hierro nuevos, nuevas poblaciones, que brotan, por decirlo asi, de la tierra en todas partes, en una palabra el aspecto de una gran metrópoli cuyos principios de vida y esplendor se desarrollan visiblemente y crecen con rapidez, es un espectáculo de alto interes histórico.

El comercio habia producido ya vastas y hermosas ciudades en América, antes que obtuviese aquella region una existencia política independiente, y Washington, como capital, podria tal vez mirarse con desden donde existen ciudades como Filadelfia y Nueva-Yorc;

sin embargo yo la consideré como la metrópoli creciente de la población creciente de los Estados-Unidos, y como tal la distinguen ya rasgos bastante nobles para sostener su dignidad.

La residencia de las legaciones extranjeras en este pueblo da á su sociedad un aire de elegancia, que la distingue de la sociedad que se encuentra en las demás ciudades. También residen aquí una gran parte del año los senadores y representantes, que deben ser la flor y nata del cuerpo entero de ciudadanos de la federación, tanto con respecto al talento como á la educación. Estas circunstancias no pueden dejar de hacer Washington una morada mas agradable que otra ciudad cualquiera de la Union.

El no ver absolutamente movimiento alguno de comercio, el no oír ni aun el rumor del tráfico, ni percibir el olor de las mercaderías, aumenta mucho los atractivos de aquella nueva capital. En vez de carros se ven hermosos trenes, y en vez de la agitada gritería de los hombres que pregonan «sus comestibles secos» ó «sus anchas telas de primera,» se ven personas vestidas con delicadeza, paseándose tranquilamente en la Avenida de Pensilvania.

La librería inglesa de Mr. Pishey Thompson, con su rica colección de todas las obras

de literatura agradable, recién llegadas de Londres, y la tienda de Mr. Somebody, el joyero, con su brillante surtido de alhajas, son los puntos principales de reunión donde se pasa el tiempo y se trata de negocios. ¡Qué contraste con las otras ciudades de la América septentrional! Los miembros de las cámaras que pasan muchos meses del año de esta manera cómoda y agradable, sin mas trabajo que hablar un poco, y con la dulce recompensa de ocho pesos diarios, deben experimentar un triste cambio, cuando fenecido el término de su misión tienen que volver á sus hogares.

El mayor número de caballeros es otra de las circunstancias que distinguen las tertulias de Washington de las de los otros pueblos de los Estados-Unidos. El gasto, la molestia, ó la necesidad de dejar en casa un guardian fiel é interesado, y alguna vez todas estas razones juntas impiden que las señoras de los miembros del Congreso vayan con ellos á Washington; á lo menos yo supe de muy pocos que tuvieran consigo á sus mugeres. La sociedad de las señoras se halla principalmente en los círculos de los ministros extranjeros, de los oficiales de estado, y de los pocos miembros mas ricos y mas aristocráticos del país que van á la capital acompañados de sus familias. Algunos individuos de los que llaman indepen-

dientes viven en la ciudad ó en sus cercanías, pero esta clase es allí tan poco numerosa que apenas puede mirarse como parte de la poblacion.

Con todo, aunque parece extraño, ni aun en la capital puede sostenerse un teatro mas que algunas semanas por temporadas. La recreacion favorita de los caballeros es, segun me dijeron, el juego, que llega á un punto muy considerable; si bien aquí, como en los demas pueblos de la federacion, es cosa que ocultan con el mayor cuidado. Yo no creo haber visto una baraja mas de algunas doce veces en todo el tiempo de mi residencia en el pais. El billar suele estar en boga, aunque en muchas partes es una diversion prohibida. En fin se me antojaba á menudo que las viejas de un estado habian hecho las leyes y que las jóvenes de otro se divertian en infringirlas.

A pesar de la pequenez de la ciudad, encontramos en ella mucho que ver y mucho que nos divirtiera. La oficina de patentes ó privilegios de invencion es un registro curioso de la fertilidad de la mente del hombre que solo cuenta con sus fuerzas naturales; pero tambien presenta una prueba considerable de que en semejantes circunstancias no es cuando mas útilmente las emplea. Esta oficina contiene modelos de todas las invenciones mecáni-

cas que han producido los ingenios en los Estados-Unidos, y el número es enorme. Yo pregunté al hombre que nos los enseñaba ¿qué número de máquinas habria entre aquella multitud, de que se hubiera sacado alguna utilidad? La respuesta fué que una por cada mil, añadiendo que provenian con especialidad de artesanos y labradores establecidos en las partes mas remotas del pais. Generalmente empezaban su trabajo, con el ánimo de hacer algun instrumento ó mueble que les ayudara á salir del paso, sin tener que enviar á unas mil y malas millas á buscar lo que necesitaban, y si la traza les salia bien, miraban con tanto amor y apego aquel fruto de su ingenio, que lo llevaban á Washington para obtener un privilegio de invencion.

En la secretaría de estado nos enseñaron muestras autógrafas de todos los potentados con quienes la federacion tiene alianza, y en mi sentir casi todos entran en el número. De los pergaminos que contenian las firmas reales pendian los sellos oficiales de cada uno, resguardados por cajas de oro ó plata de una obra exquisita. Me divirtió mucho el modo que tuvieron de enseñarme uno de los suyos que acababan de preparar para la corte de Rusia, y como nos hicieron notar la superioridad de sus adornos. En efecto eran superiores y de

mucho mejor gusto que los demas; y yo solo deseo que el sentimiento que los habia inducido á mostrar aquel exceso de lujo, se extienda por todos los ángulos de los Estados-Unidos, y se mezcle con todos los actos y sentimientos de los Anglo-Americanos. Que la América reconozca el imperio de las artes y gracias que hermocean la vida, y yo le haré otra visita, y escribiré otro libro tan en oposicion á este como posible sea.

Entre las firmas reales las únicas que me llamaron la atencion, fueron dos de la mano de Napoleon. La primera, del tiempo en que era primer cónsul, escrita á caballo, segun la tradicion, es un garabato indescifrable; pero su escritura aparece mui mejorada despues que llegó á ser emperador, y la firma siguiente es mas clara y está escrita con mas seguridad: yo hubiera querido substraer las dos.

La pureza del carácter americano, formada por la pureza del gobierno americano y fundada en la misma, se nos mostraba á cada paso en el alarde que hacian de todos los presentes y regalos que, en prueba de estimacion y de respeto, habian hecho varios soberanos á los diferentes ministros de los Estados-Unidos, que habian sido enviados á sus cortes. El objeto de la lei que reclama estos objetos á todos los individuos que los han merecido es, segun

nos dijeron, impedir la posibilidad de que cedan al soborno ó la seduccion los enviados de la república. Yo creo que el mejor medio de evitar la corrupcion seria el de elejir, para desempeñar encargos tan delicados, á hombres incapaces de ser seducidos por una espada ó una tabaquera. Pero en esta parte nadie conoce su negocio mejor que los Americanos: ellos saben lo que se hacen.

El despacho de relaciones indias contiene un gabinete de sumo interes: las paredes estan cubiertas enteramente de retratos originales de todos los gefes que de tiempo en tiempo han ido á tratar de algun negocio con su gran padre, como ellos llaman al presidente. Estos retratos son de Mr. King, y sin duda deben tener el mérito de la semejanza como todos los retratos hechos por la mano de aquel artista. Los semblantes estan llenos de expresion, aunque la expresion es casi la misma en los mas de ellos, ó por mejor decir, no se nota mas que dos especies de ella: la una, la de una audacia noble y guerrera; la otra, la de un candor dulce y abierto, sin mezcla de aturdimiento, y con un atractivo indefinible, pareciéndonos tal vez mas interesante, porque mientras estabamos contemplando aquellas pinturas, los infelices que ellas representaban, y cuyos corazones habian comunicado á su

rostro una suavidad tan tierna, un halago tan amistoso, eran víctimas del acto mas vil, mas cruel y mas tiránico de su *gran padre*.

Nos encontramos en Washington, cuando discutieron en el Congreso y se decidió con el *fiat* del presidente la medida de expulsion, para arrojar á los pobres Indios de las últimas tribus de los bosques á cuyos árboles habian suspendido sus cunas y los huesos de sus padres. Si el carácter americano debe juzgarse por su conducta en esta materia, no se hallará en él por desgracia ni aun una chispa de sentimientos de honor é integridad. Y entre ellos y á ellos mismos he oido las aserciones que los representan como traidores y desleales, mas allá de lo que creerse pudiera, en sus relaciones con sus infelices Indios.

Si durante mi residencia en los Estados-Unidos hubiera yo notado un solo rasgo en el carácter nacional, que hubiera justificado su eterna jactancia de liberalismo y amor de la humanidad, los hubiera respetado, por mas que mi gusto y la singularidad de sus modales y costumbres hubieran estado en contradiccion. Pero es imposible que una persona honrada no se exaspere al ver la diferencia enorme que separa la conducta y los principios de los Americanos del Norte. Ellos condenan los gobiernos de Europa, porqué, segun dicen, fa-

vorecen al poderoso y oprimen el débil. Contra esto oireis declamar en el Congreso, gritar en las tabernas, argumentar en todos los salones, disparar sus burlas el teatro, y hasta lanzar el púlpito sus anatemas: escuchad, y observad despues la conducta de los hombres que tanto declaman; los vereis levantando con una mano el gorro de la libertad y con otra azotando á sus esclavos: los vereis una hora explicando á su populacho los derechos imprescriptibles del hombre, y á continuacion arrojando de su asilo á los hijos del suelo, á quien han jurado proteccion y amistad con tratados solemnes.

Para hacer justicia á los que no aprueban esta política traidora, citaré un párrafo de un papel de Nueva-York, el cual manifiesta que hai algunos entre ellos que miran con horror la medida injusta y temeraria adoptada en Washington en 1830.

«No conocemos, dice, en la actualidad asunto de mayor importancia, ni que mas interese al carácter nacional, en cuanto á su justicia é integridad, que el de las tribus indias de Georgia y Alabama, y particularmente los Cheroqueses del primer estado. La lei sancionada por el Congreso precisamente al fin de la sesion coincide con el estatuto tiránico é inicuo de Georgia, y da un golpe funesto á la reputacion

de los Estados-Unidos, con respecto á su fé, empeñada en ocasiones casi innumerables y en los tratados y convenios mas solemnes.»

Nos enseñaron muchos objetos mui interesantes en este despacho, pero las circunstancias particulares de este desgraciadisimo y maltratado pueblo les hacian producir un efecto doloroso en nuestro corazon.

El trage que llevaban los gefes cuando los retrataron, es en general magnífico por sus adornos, y la estancia contiene muchas muestras de su ingenio y aun de su buen gusto. Hai un estante de cristales en la sala, donde estan colocados varios dechados de muselina y obras de aguja, algunas planas de excelente caligrafía y otras muchas ligeras producciones de ambos sexos, que prueban claramente que los Indios son capaces de una completa civilizacion. A la verdad la circunstancia que hace mas lamentable la expulsion de estos desdichados de su tierra natal, es el que iban cediendo rápidamente á la fuerza del egemplo; su vida no era ya la de cazadores errantes; se habian hecho labradores, y el brazo tiránico del poder brutal no los ha arrojado ahora como antes de los terrenos donde cazaban, de sus arroyos predilectos, y de las tumbas sagradas de sus padres, sino que los despoja de las habitaciones que su saber progresivo les habia

enseñado á embellecer, de los campos recién abiertos por sus manos, y que eran ya su orgullo, de las cosechas regadas con el sudor de sus frentes. Y ¿para qué? para añadir algunas millas de territorio despoblado al desierto que los rodea.

.....

El Potomac, al llegar á Washington, describe un hermoso sesgo, formando una especie de bahía al rededor de la cual está edificada la ciudad. En el punto en que da la vuelta, han echado un puente de madera que une las riberas de Marilanda con las de Virginia. Este puente tiene milla y cuarto de largo, y es bastante feo (*). El dique de la Armada y el Arsenal estan precisamente sobre él en la orilla de Marilanda y hermosean la vista de la margen del rio que sigue la vuelta mencionada. Cerca del Arsenal (demasiado cerca) está la penitenciaría que como estaba acabada recientemente y nadie habia en ella, la visitamos examinándola en todas sus partes. La han construido con el fin de que sirva de encierro

(*) Cuando se deshizo la helada de febrero de 1831, el ímpetu de la avenida del Potomac se llevó el puente de que habla Mistress Trollope.

solitario para toda la vida; y ciertamente conmueve menos el corazón ver ahorcar á un infeliz, que el contemplar una de aquellas espantosas celdas que han de servir de sepultura á un viviente. Encerrar allí á los criminales para siempre en lugar de quitarles la vida, no es ser misericordiosos con ellos; pero si el objeto de semejante cárcel es inspirar el terror á los demás ciudadanos, nada puede surtir ese efecto con mayor eficacia. Yo no creo que de cada cien personas que hayan estado encerradas en tan horribles calabozos, se encuentre una siquiera que no elija, si le ofrecen la alternativa, el ir á la horca mejor que volver á su encierro *con la certeza de no salir jamás de él.* Yo tengo hecha una descripción de aquellas espantosas jaulas, pero la pintura que nos ha dado el capitán Hall de un edificio semejante, es tan exacta y clara que es inútil el insertar aquí la mía.

A dos millas de distancia de Washington, siguiendo siempre el sesgo del río, está Villa-Jorge (George-Town), plaza en otro tiempo de una importancia comercial considerable, y que probablemente volverá á serlo en mi opinión, cuando los canales del Ohio y Chisapica que entran en el Potomac, sean bien frecuentados. Es una población muy linda, y domina una vista agradable que ennoblecen el magní-

fico Potomac y el casi más magnífico Capitolio. El país se va alzando gradualmente como un anfiteatro de colinas detrás de Washington, y forma sobre Villa-Jorge un terrero unduloso, que está casi enteramente cubierto de casas de campo, quintas y jardines. En Villa-Jorge se estrecha repentinamente el Potomac y empieza á correr con la rapidez, saltos é irregularidad que lo caracterizan después, y siembra sus orillas, hasta que se junta con el Shenandoah en *Harper's Ferry*, ó el Paso del Harpista, la serie de vistas más salvajes y romancescas que se hallan en América.

No es necesario indicar que uno de nuestros principales objetos fué el asistir á los debates del Congreso, y como Inglesa tenía doble empeño en aprovecharme del privilegio concedido á mi sexo: así me repitieron muchas veces, que, á lo menos en este caso, me era preciso reconocer la superioridad de la *galantería* americana, con la cual daban una prueba de sobrepasar á los Ingleses en el deseo de honrar á las señoras, habiendo destinado expresamente para ellas una galería en la cámara de los representantes, mientras en Inglaterra están rigurosamente excluidas de todas partes en la cámara de los comunes.

Sin embargo yo saco la ilación contraria de semejante medida. Sabida cosa es que la razón